LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 23 DE JUNIO DE 1890 — NÚM. 443

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



COQUETERÍA, dibujo de Rejchan

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

COQUETERÍA, dibujo de Rejchan

Las gracias naturales, el medio ambiente en que se vive y las circunstancias de tiempo y de lugar son factores importantísimos de este que siendo vicio feo, en sentir de los que han sido víctimas de sus estragos, es atrayente virtud en concepto de los que en un momento dado se embriagan con sus fugaces deleites.

La mujer que Rejchan nos presenta en su primoroso dibujo, hecho con todo el arte y con todo el *chic* del que está familiarizado con el gran mundo, es indudablemente hermosa (¿quién se atrevería á dudarlo aunque la figura esté de espaldas?), y en ella la hermosura va unida á otros encantos no menos estimables que están á la vista; su aspecto demuestra que su existencia se desliza en medio de esa sociedad elegante y frívola, tan favorable al desarrollo del defecto que sirve de título al dibujo, y las circunstancias en que la escena se desenvuelve, así en lo que respecta al apuesto interlocutor como por lo que toca á los atractivos del lugar, convidan á hacer uso de esa arma, una de las más temibles del arsenal femenino.

Sentadas esas premisas, la consecuencia se impone; es decir, la beldad tan artísticamente dibujada por Rejchan tiene que resultar por necesidad coqueta y el episodio amoroso, tal como se nos ofrece, sólo puede caracterizarse por la palabra empleada por el artista: *coquetería.*

EL MUSEO DE ARTE Y DE INDUSTRIA de Saint Etienne

Se ha inaugurado en Saint Etienne un nuevo museo que ofrece gran originalidad y constituye una innovación interesante en materia de colecciones públicas.

Saint Etienne es el centro de dos grandes industrias artísticas, la fabricación de cintas y la de armas: el Ayuntamiento de esa villa, inspirado por el periodista Mr. Mario Vachon, ha creído que podría ser útil para ambas industrias fundar una gran institución que proporcionara á los obreros, á los amos y á los dibujantes todos los elementos de estudio necesarios para perfeccionar su educación técnica y artística, y que facilitara, á la par, modelos de buen gusto y de ejecución irreprochable á las demás industrias locales, tales como la ebanistería, la quincallería, el decorado interior de las casas, etc., etc. Ese proyecto se ha realizado y un vasto palacio sirve de albergue al museo municipal de Arte y de Industria, que ocupa doce salones y 300 metros de desarrollo de vitrinas.

La galería de cintas contiene colecciones de las más notables muestras de los talleres que en la villa han prosperado durante los siglos XVIII y XIX; hay en ella, además, tapicerías modernas de los Gobelinos y de Beauvais con sus modelos en pintura, y cuadros y acuarelas de flores que pueden servir de documentos de trabajo á los dibujantes. En el centro aparecen colocados telares antiguos y modernos, unos originales y otros reducciones. Uno de los ejemplares curiosos de esta preciosa colección es un taller de tejedor lionés construído para Luis XVI cuando niño, según los dibujos de Vaucansón, y cuyas piezas son todas de marfil.

En la sección de armería tres vastas galerías contienen: la primera, varias colecciones tecnológicas de cañones y fusiles sin pulir, horadados y probados; la segunda, todos los modelos típicos de fusiles de guerra, de caza y de tiro, desde el más antiguo arcabuz con ruedas hasta el Lebel y el Greener; y la tercera, armaduras y armas antiguas de carácter histórico ó de gran valor artístico, procedentes, en su mayor parte, de la colección del mariscal Oudinot.

Otras galerías y salas están destinadas á las colecciones de orfebrería, cerámica, cristalería, esmaltes, maderas esculpidas, cerrajería y herrería artísticas, sedas lionesas y telas orientales antiguas.

El Ministerio de Instrucción Pública y de Bellas Artes ha prestado al Museo objetos por valor de más de medio millón de pesetas, figurando entre ellos obras de arte, tapicerías antiguas y modernas de los Gobelinos y de Beauvais, porcelanas de Sevres, etc., etc., y la Unión central de artes decorativas y varios coleccionistas particulares, colecciones importantes de orfebrería, hierros artísticos, armas, etc.

A las colecciones del Museo va aneja una biblioteca de arte y de industria.

La galería de pinturas comprende 200 cuadros.

En el segundo piso del palacio hay instalado un museo de historia natural, que es uno de los más ricos que existen en las provincias.

El presupuesto anual del Museo se eleva á 35.000 pesetas.

Además de las dos galerías más interesantes del nuevo Museo, reproducimos la vista exterior del monumento y la hermosa escalera de honor que conduce al primer piso.

El palacio es un hermoso edificio pintorescamente situado al pie de la colina de *Sainte-Barbe*, en una especie de anfiteatro natural, plantado de árboles y arbustos que forman un marco encantador y original del Museo. En la gran escalera hay dos grandes frontones de yeso, que representan el remate del Palacio de Justicia de Saint Etienne, obra de Merley, y un fragmento del decorado del Louvre, de Bonnassieux.

UN CONCIERTO EN MARRUECOS cuadro de G. Simoni, grabado por Mancastroppa

El reputado artista italiano da en este cuadro evidentes pruebas de saber apreciar y reproducir con singular talento los rasgos fisonómicos y los caracteres expresivos del sentimiento íntimo individual reflejado en las líneas del rostro. Nadie que tenga alguna noción del modo de ser especial de cada una de las razas que pueblan el globo dudará, al ver á los músicos que pinta Simoni, de que son israelitas, y á pesar de los trajes no los confundirá con los verdaderos islamitas africanos; en efecto, en vez de la fiereza propia del semblante de éstos, hay en las fisonomías de aquéllos cierto abandono y afeminamiento propios del pueblo enemigo de las armas y de la violencia, y toda la dulzura y mansedumbre de una raza inteligente que ha aceptado resignada, como regla inevitable de su existencia, una opresión invencible, y que vive exclusivamente consagrada á sus negocios y á los tranquilos placeres de la vida doméstica.

El cuadro, además, está bien compuesto y hábilmente rota la monotonía de la fila de músicos y cantores, cuyas actitudes perfectamente estudiadas y cuyas caras sumamente expresivas contribuyen al mayor efecto de la pintura.

Simoni con *Un concierto en Marruecos*, *La mezquita de Tlemecén* y otras obras de este género se ha conquistado el título de inspirado pintor de tipos y escenas de la vida africana.

DESTRONADA, cuadro de J. A. Clark

La intensidad del sentimiento en una edad en que la razón no está bastante desarrollada para dirigir y rectificar los impulsos del alma, producen en el niño sinsabores que no por ser más infundados amargan menos. Riámonos de los que consideran la infancia como el período más feliz de la vida: entre el disgusto del rapaz que no obtiene el deseado juguete y el desconsuelo del mancebo que no logra el amor que codicia, podrá haber y hay indudablemente diferencia de calidad y de duración; pero en cuanto á cantidad, quizás este último esté por debajo del primero. La ineludible ley del sufrimiento acompaña al hombre desde que nace hasta que la muerte le arranca de este valle de lágrimas, y las heridas por ella producidas son siempre igualmente dolorosas; que si en la niñez la espina es menos aguda, en cambio el corazón en que se clava está menos avezado á padecer.

Dígalo, si no, la protaganista del cuadro de Clark: antes dueña única y absoluta del amor de su madre, se ve relegada en segundo término con el nacimiento de un hermanito. Anunciadle que mayores tristezas le esperan en el curso de su existencia; explicadle con las palabras más persuasivas que el amor maternal es de tal naturaleza, que puede difundirse sin perder un átomo de su fuerza; tratad de hacerle comprender que, si no mayor cariño, hay que prodigar mayores cuidados y atenciones al ser más débil. ¿Creéis que tales razones serán bastantes á convencerla y á consolarla? ¡Qué podréis objetarle cuando arrasados los ojos en llanto y entrecortada la voz por los sollozos, os replique: todo cuanto me estáis diciendo es para mí incomprensible, yo sólo sé que antes era reina única y ahora hay quien me arrebata mi exclusivo imperio; yo sólo veo que en los brazos de mi madre, que eran mi trono, hoy se sienta un usurpador, siquiera sea éste mi propio hermano; yo, en una palabra, sólo entiendo que he sido destronada!

Hechas estas consideraciones, digan nuestros lectores si Clark ha estado ó no afortunado al reproducir ese sencillo y sentido drama de familia.

EL TRIUNFO DE DIÁGORAS, cuadro de A. Rosier

Los hijos del anciano Diágoras han obtenido el premio en los juegos olímpicos, y corren impacientes á comunicar tan grata nueva á su padre, que en el templo suplica á los dioses le concedan el placer más grande de su vida. Las coronas que ciñen la frente de los dos vencedores le indican que sus deseos se han cumplido: los dos jóvenes le levantan en hombros y le pasean triunfalmente por la ciudad, entre las aclamaciones de la gente que saluda con entusiasmo á los luchadores y colma de felicitaciones al dichoso padre que ha podido presenciar su victoria.

Tal es el asunto del cuadro de Rosier, obra llena de vida que retrata admirablemente una época y un pueblo, presentándonos uno de los episodios más característicos de aquella sociedad en que el culto de la belleza y de la fuerza se hallaba consagrado por la religión y tenía sus personificaciones en dos divinidades olímpicas.

SUPLEMENTO ARTISTICO

UN DÍA DE BARNIZADO EN EL SALÓN DE LOS CAMPOS ELÍSEOS cuadro de Mr. Rixens, grabado por Baude

En la Exposición que la Sociedad nacional de Bellas Artes ha organizado en el Campo de Marte, de París, llama la atención, así por el asunto como por el modo como éste está tratado, el cuadro de Mr. Rixens, que damos como *Suplemento Artístico.* Sabido es que el día de barnizado en el Salón de los Campos Elíseos ha constituído siempre la verdadera inauguración oficial del certamen y que con tal motivo se reunen cada año en el palacio de la Exposición todas las notabilidades que en bellas artes y literatura encierra la capital de Francia, y las damas más elegantes de la sociedad parisiense, luciendo preciosas toilettes, expresamente confeccionadas para tal solemnidad, y que los modistos y modistas han bautizado con el nombre de *toilettes de jour du vernissage.*

El espectáculo que con tales y tan distinguidos elementos ofrecen en dicho día los salones de la Exposición, es animadísimo, y Mr. Rixens, al trasladarlo al lienzo, ha dado pruebas de buen gusto, originalidad, talento y espíritu de observación. El cuadro de Mr. Rixens tiene, además, el aliciente de los admirables retratos de las más ilustres personalidades del mundo artístico y literario de París, con lo cual el pintor ha hecho subir de punto el valor de su obra que, aun sólo como pintura de género, no lo tiene escaso.

JUAN GUILLERMO MOOR

(PERFILES PERUANOS)

Han transcurrido doce años, y sin embargo, contemplo aún aquella majestad del marino y del *Gentleman*, con que nos hacía los honores de su palacio flotante en la espaciosa rada de Ancón.

Amoldábase á su elegante talle el vistoso uniforme, cual si un dibujante lo hubiera diseñado para que manos de hadas interviniesen en la confección.

Era joven (cuarenta y un años) y había hecho su carrera brillantemente, sin que en su hoja de servicios contase la más pequeña falta ni hubiese tomado parte en sublevaciones que de consuno rechazaban su honor y su educación.

Hijo de un noble caballero escocés y de una dama peruana, habíale dado la naturaleza el continente altivo, á la par que sereno y valeroso, de aquellos héroes que luchaban y morían por su hermosa María Estuardo, y la sangre apasionada y ardiente de los impetuosos Incas.

Finalizaba el año 1877: el puertecito ó caleta de Ancón había sido elegido para veraneo de la Fragata *Independencia*, con cuyo motivo habían acudido más familias que de costumbre á bañarse en aquella playa cuyas bondad y belleza no creo que tenga rivales conocidos.

Fuimos invitados á un almuerzo á bordo, y á las diez de una mañana limeña, vale decir de una mañana que no puede describirse, saltábamos en el andén de la estación de Ancón, en donde por encargo del primer comandante nos aguardaba el segundo de la *Independencia*, otro arrogante marino, Eugenio Raigada, que nos condujo al muelle acto seguido.

Tomamos posesión de la *pequeña capitana*, que nos estaba aguardando con sus bogas vestidos de gala y la enseña del comandante flameando en la popa: á la voz de *avante*, partió como una flecha en dirección al gran buque de la escuadra peruana; Raigada me ofreció los elegantes cordones de la caña, después de haber declarado otras señoras de más edad y respeto que yo que no sabían manejarlos, y aceptélos resueltamente, valiéndome el atrevimiento al llegar al pié de la escala el aplauso más galante de Guillermo Moor.

Nos acompañaba el capellán del buque, un adorable frailecito de la orden del sublime *maniqueo* Agustín, y mientras éste daba los últimos toques al risueño altar levantado en la popa de la *Independencia*, nos conducía Moor á su elegante cámara, adornada con exquisito gusto y tapizada aquel día con las más fraganciosas flores de los jardines limeños.

– La honra que mi humilde aposento recibe hoy, – nos dijo Moor con su natural galantería, – será la mayor gloria que puede caberme en mi carrera.

Excuso decir que todas contestamos á un tiempo, aunque ninguna con frases que pudieran elevarse hasta el nivel de favor tan señalado.

– La brisa del mar es enemiga de la *velutina*, – añadió encantándonos con su previsión, – están ustedes ya, aunque frescas y bellas, como si no se hubiesen dado polvos: en mi tocador encontrarán lo necesario para reponer los desperfectos del airecillo marino. Aplaudimos este sencillo permiso para revolverlo todo, y le preguntamos qué ángel había dispuesto las cosas en aquella forma.

– Carmen, – nos dijo.

– ¿Quién es Carmen?

– Mi esposa.

—¿Y por qué no está aquí?

– El porqué lo comprenderán cuando la conozcan: nos aguarda á comer y le he prometido que se quedarán ustedes.

– Pero el tren marcha á las cuatro y media.

– Todo está previsto: se irán, si es que no quieren quedarse en Ancón esta noche, en tren extraordinario: ya está pedido el *caballito.*

El *caballito* era una preciosa máquina pequeñita que parecía un juguete y que arrastraba vagones construídos *ad hoc.*

– Por mi parte gustosísima, – dije; – pero ¿por qué no ha venido su Carmen?

– Porque se marea; porque es una criatura muy delicada de salud, y porque nadie en el mundo puede convencerla de que no siendo indispensable su presencia, debe dejar á sus ancianos padres y á sus dos hijitos. – Aquella es tu casa, – me dijo; – haz en ella los honores del almuerzo, y yo haré después en la mía los de la comida.

Salimos al comedor, en donde nos aguardaban el bitter, el koctell, el Vermouht y todos los aperitivos del repertorio.

Una vez que cada cual hubo tomado la indispensable *ganzúa* del apetito, el *acólito* avisó que estaba el padre con el alba, el cíngulo y la estola puestos, aguardando solamente nuestra presencia para echarse la casulla y comenzar el sacrificio de la misa.

No nos hicimos esperar y subimos.

¡Qué sublime espectáculo se presentó á nuestros ojos!

Bajo el toldo estaban la tripulación y las tropas: la música saludó la investidura de la casulla y nuestra presencia con un acorde estruendoso, y la misa comenzó al propio tiempo que la banda daba principio á una pieza de concierto.

Estaba la *capilla* adornada con plantas y flores que despedían aroma embriagador, sómbreada por blanquísimo toldo de lona y cubierta por mullida alfombra de terciopelo.

De terciopelo rojo eran también los cojines sobre los cuales nos arrodillamos. El atril que sostenía un misal admirablemente empastado era de marfil, y los ornamentos sagrados acusaban el gusto más exquisito, unido á la riqueza y al gusto que las filigranas de la elegancia suponen.

¡Momentos sublimes aquellos!

Inmóvil la gallarda fragata que á tan desgraciado fin estaba sentenciada, apenas acariciando nuestras mejillas la suave brisa que ni oscilar hacía la llama de los cirios, aspirando el aroma de profusión de jazmines del Cabo, diamelas, claveles, rosas y magnolias; escuchando la voz del sacerdote y saturando la mente con las melodías idílicas de un *yaralti serrano*, creíme transportada á otro mundo mil veces superior al nuestro, y hubiera querido no despertar jamás de un sueño cuyo recuerdo va siempre unido á la para mí piadosa y eterna memoria de Guillermo Moor.

¡Oh, lector, que paras mientes en estos renglones!, ten por rigurosamente exacta hasta la última palabra de las que aquí consigno, y si fuese mi pluma impotente para darte idea exacta de tanta grandeza, de infortunio tanto, transpórtate tú por medio de un esfuerzo del sentimiento á la patria donde resplandece la figura inmortal del héroe, y hasta los pájaros en sus trinos te dirán dónde ha muerto aquel que yo te presento rodeado de dicha, para que así puedas mejor apreciar el temple de su alma en las desgracias.

Dió término la misa y comenzó el almuerzo.

La entrada del reverendo Agustino, cuya sola presencia aguardábamos discurriendo alegremente por el comedor, motivó una salva de aplausos.

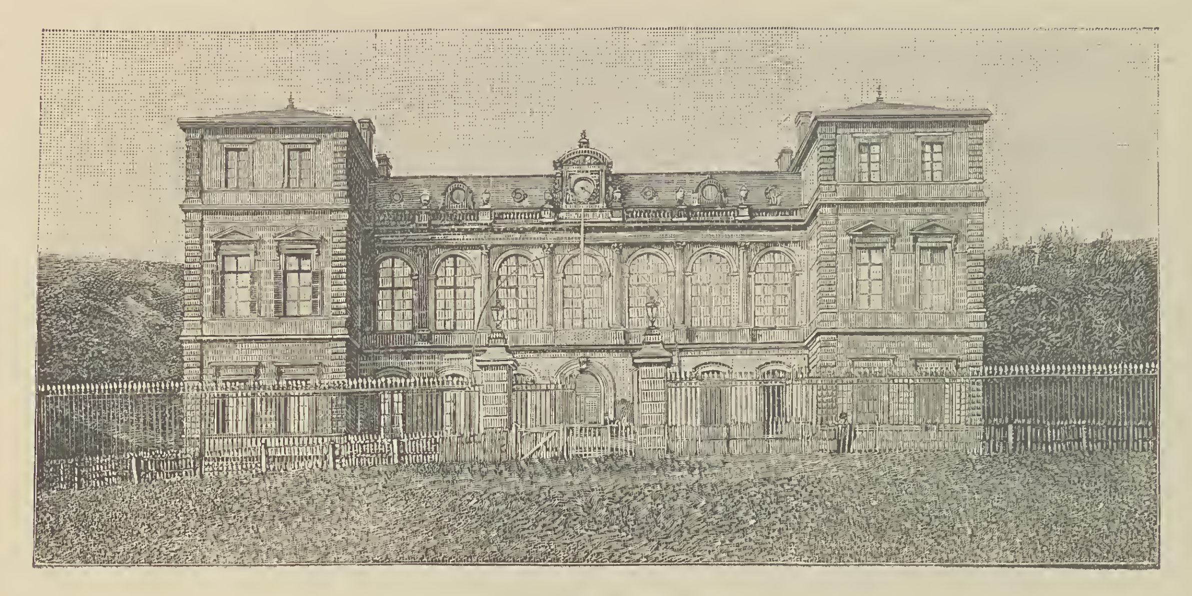
Estaban los sitios designados, y cada cual dirigióse al suyo sin vacilaciones, prueba evidentísima de que antes había sido bien inspeccionada la mesa.

Era yo, como antes he dicho, la más joven, aunque no la más traviesa de las concurrentes: dirigióse Eugenio Raigada para conducirme á mi puesto, que estaba á su lado, y le dije:

– Aguarde V. un poco, no puedo almorzar sin descargar la conciencia.

Quedóse parado al oir mi respuesta, mucho más cuando me vió acercarme al buen fraile y hacer la demostración humilde de postrarme á sus plantas.

EL NUEVO MUSEO MUNICIPAL DE ARTES É INDUSTRIAS CREADO EN SAINT ETIENNE (LOIRE) (De fotografías)



EL MUSEO. – VISTA EXTERIOR

– Pues *ego te absolvo*, – dijo con humana sonrisa y pagándome la confesión con una caricia precedida de la correspondiente bendición.

¡Cuánto siento que en el *maremágnum* de mi desgraciada memoria se escabulla el nombre de aquel simpático Agustino! Y sin embargo, también su figura está reflejada en el revuelto lago de mis infinitos recuerdos.

¡Para qué hablar de la esplendidez con que fuimos tratados por el comandante de la *Independencia!*

Los platos más raros, los vinos más exquisitos, sazonado todo con derroches de ingenio, con oleadas de gracia criolla, con frases galantes, con anécdotas, cuentos, historias y versos, dieron al almuerzo un carácter de alegre expansión que eléctricamente nos comunicábamos los unos á los otros.

A las tres de la tarde humeaba al costado nuestro la lancha de vapor de la *Independencia*, y los sirvientes trasbordaban á ella lo necesario para el *lunch* que, algunas millas más afuera, debían servirnos.

Riéronse todos de lo que parecía genialidad ó travesura de muchacha mimada al oirme decir con voz compungida:

– Padre, absuélvame V.

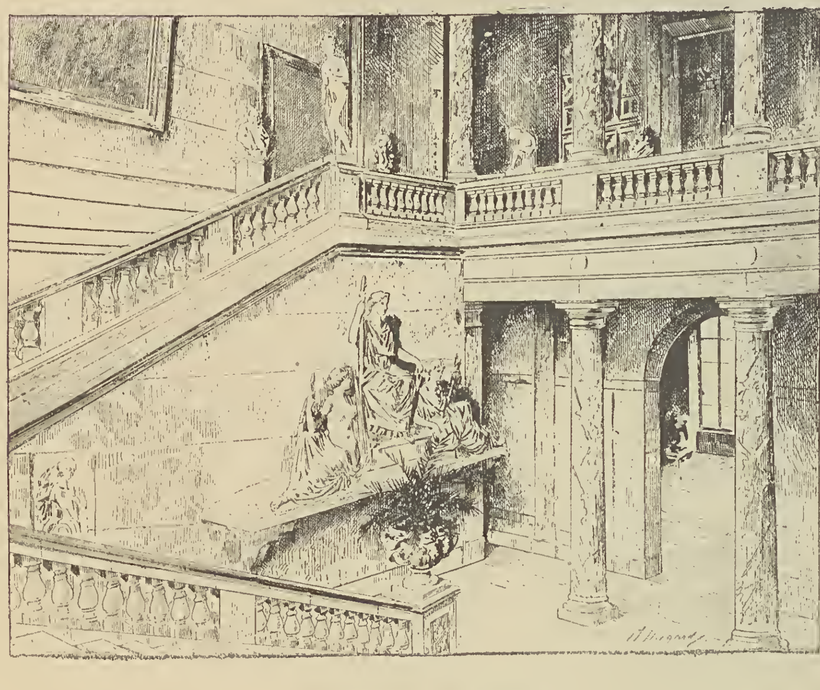
– ¡Angel! ¿Pues en qué has pecado?, – respondió el fraile poniéndose á la altura de las circunstancias.

– En que he dudado de la existencia de otro cielo más alto que la cubierta de este buque.

– Allí estaba Dios, hija mía, y también aquel era el Cielo.

– ¡Ah, sí, lo he sentido, *mi* padre!; pero me ha disipado tanto el pensamiento, que no he podido adorarle porque volaba mi espíritu por otras regiones.

¡Delicioso paseo el que dimos!, abarcando con los anteojos la costa, y con la fantasía la inmensidad del mundo físico que íbamos surcando.



LA ESCALERA DE HONOR



LA GALERÍA DE ARMAS ANTIGUAS

El balanceo entornaba la lancha con fuerza, y de vez en cuando cabeceaba ésta hasta hundir la proa en el agua, pero nadie quería rendirse al mareo.

La espuma del champagne mezclábase á ratos con la que salpicaba de las cabrillas blancas y rizadas que con apariencias de enojo venían á estrellarse contra nosotros; pero tal era el entusiasmo de que estábamos poseídos, que no pensábamos regresar á tierra.

El comandante se impuso á nuestras locuras: ordenó virar en redondo.

Eran las seis y se acercaba la hora de la comida en el *rancho* del general Medina, padre de la esposa de Moor.

Desembarcamos á la caidita de la tarde.

La colonia veraniega se agolpaba para vernos, y entre las muchas mujeres hermosas que nos contemplaban descolloba una de tan peregrina hermosura, que ni antes había yo visto, ni después he vuelto á ver criatura que se le pareciese.

Mi caballero había sido Eugenio Raigada desde la mañana, y apoyada en su brazo recorría yo el largo muelle por entre las dos filas de lindas curiosas: se había establecido, por consiguiente, entre nosotros cierta confianza, tanto más sincera, cuanto los dos nos mostrábamos sin artificio moral y con la propia sencillez que Dios nos había criado.

Oprimió mi brazo obedeciendo á una sensación profunda, y al propio tiempo me dijo, lleno de amoroso entusiasmo:

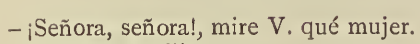
– ¡Señora, señora!, mire V. qué mujer.

– Divina, – le dije.

– ¿No es verdad, señora, que se puede venir á Ancón por ver esos ojos?

Y saludó á la hermosa quitándose su elegante gorra.

Lo mismo hicieron los demás caballeros de la comitiva.

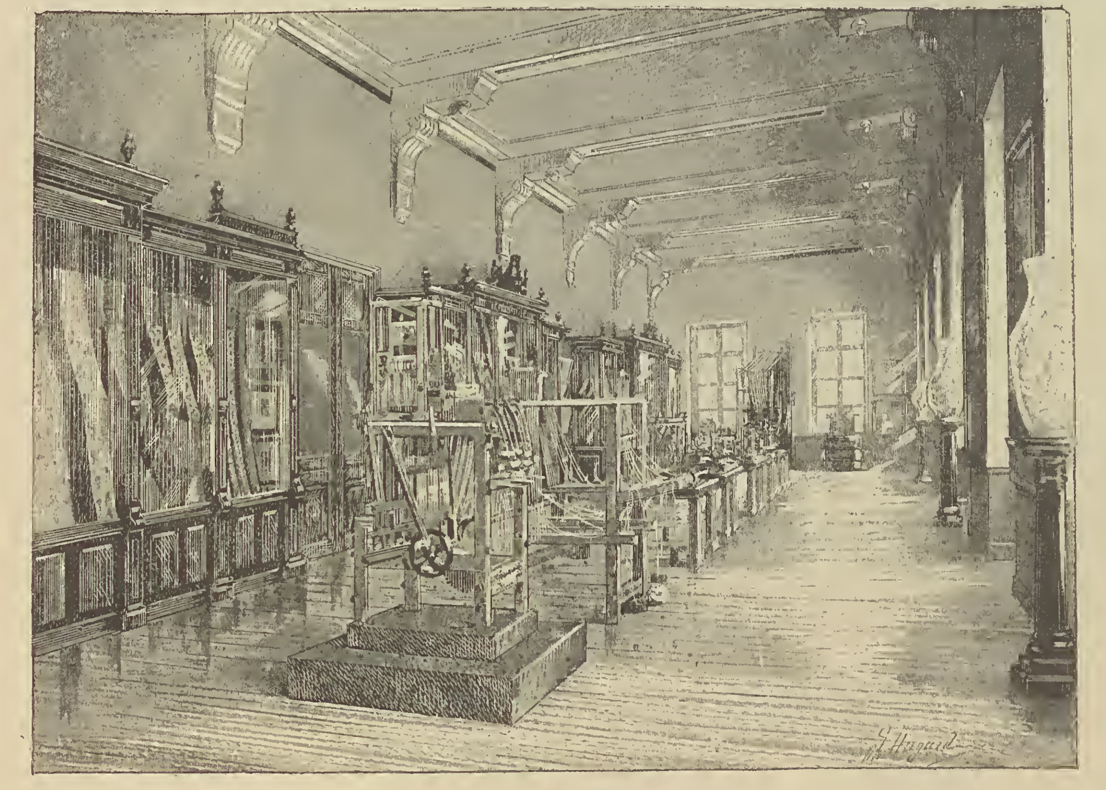


Yo era recién llegada á Lima y no conocía sino cierto número de señoras.

– ¿Puedo saber quién es esa mujer?, – pregunté al marino.

– Fulana de tal. (Aquí un nombre muy conocido.)

– Es hermosísima.



LA GALERÍA DE LAS CINTAS

– ¡Oh! No es posible que haya podido V. apreciar bien su belleza: se necesita mirarla mucho... No: mirándola mucho se vuelve uno loco.

– Amigo mío, está V. enamorado.

– Estoy ciego, señora.

– ¿Y es V. correspondido?

– Pues si no lo fuera el hombre que amase á esa mujer, ¿cree usted que pudiera vivir donde ella vive?

– Le felicito cordialmente.

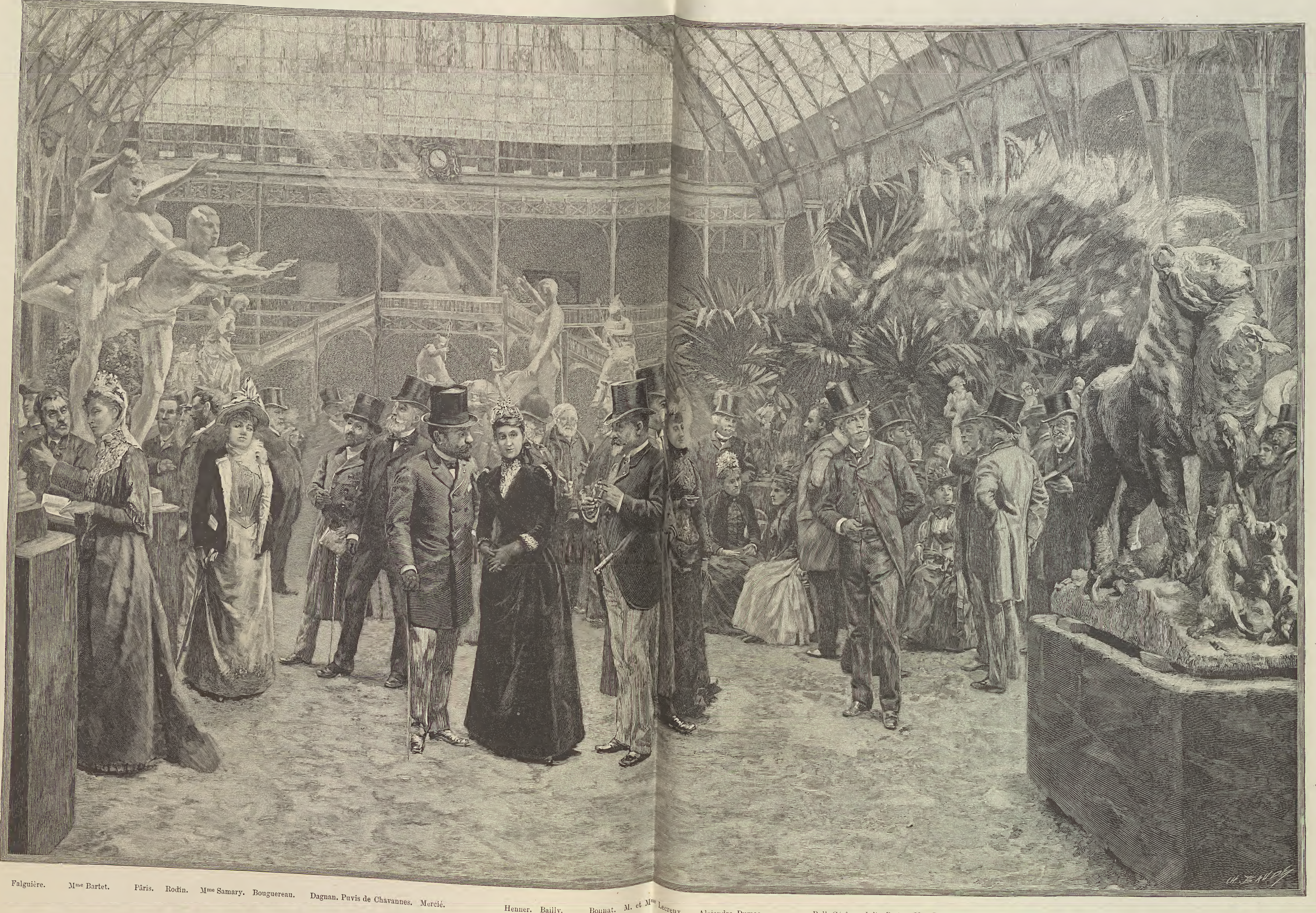
– Gracias.

Aunque haga una pequeña digresión, no puedo sustraerme á la tentación de decir dos palabras acerca de la singular hermosura que tenía medio loco al segundo comandante de la *Independencia*, y como el tipo es auténtico, voy á copiarlo tal y conforme se me apareció en el muelle de Ancón.

Era una mujer que contaría de veinticinco á treinta años, más bien alta que baja, de formas redondas y correctísimas, blanca, de boca chiquita y ojos grandes, muy grandes y muy negros; cejas arqueadas suavemente, nariz regular y apropiada al resto de las facciones, con las fosas nasales un tanto dilatadas, y barba tan graciosa y tan



UN CONCIERTO EN MARRUECOS, cuadro de Gustavo Simoni, grabado por Mancastroppa



Falguière. Mme Bartet. Pâris. Rodin. Mme Samary. Bouguereau. Dagnan. Puvis de Chavannes. Mercié. Henner. Bailly. Bonnat. M. et Mme Lecreux. Alejandro Dumas. Roll. Gérôme. Julio Breton. Mme Demont-Breton. Carlos Durán. Demont-Breton. Harpignies M. et Mme Claretie.

UN DÍA DE BARNIZADO EN EL SALÓN DE LOS CAMPOS ELÍSEOS, CUADRO DE M. RIXENS, GRABADO POR BAUDE

Sociedad Nacional de Bellas Artes (Salón del Campo de Marte, de París, 1890).



DESTRONADA, cuadro de J. A. Clark

redondita, que no se concebía mirarla sin sentir impulsos de pasar por ella la mano.

Tenía el negro cabello tendido, señal de que se había bañado hacía poco tiempo; vestía una bata entallada de nansuk, adornada con encajes de punto inglés, de larga cola, guarnecida de ancho volante, escote cuadrado que dejaba apreciar su maravilloso cuello de garza, y mangas que sólo hasta el codo le cubrían, adornadas con voleado encaje y sujetas con lazos de terciopelo rosa.

Largos mitones de seda, color de rosa también, completaban este ropaje admitido en aquel puertecito, único en donde las señoras podían permitirse salir á la playa con el traje de casa y con el pelo suelto.

Ni quito ni pongo pincelada al retrato: los lectores dirán si el distinguido marino podía estar cuerdo cuando me decía radiante de gozo que aquella mujer lo amaba.

Llegamos á casa del general Medina sin que dejase Raigada de hablarme de su bella. Una vez en el seno de aquella familia, se respiraba tan dulcísimo encanto, que desaparecía de la mente cuanto la hubiese herido antes de traspasar los umbrales de un hogar que rebosaba dicha.

Allí nos aguardaba Carmen Medina, la fiel compañera de Guillermo Moor, la heredera única de la virtud y la honradez de sus ancianos padres; la madre de dos querubines bellísimos que deben ser hoy dos apuestos caballeritos.

A las claras se veía que Carmen estaba ciegamente enamorada de su esposo. Los elogios que de su galantería le hacíamos reflejábanse con destellos de pasión infinita en sus grandes ojos, y su fisonomía enfermiza animábase con fulgores de vida, oyéndonos decir que le envidiábamos á su Guillermo.

Los maridos presentes aseguraban que teníamos razón. ¡Si podría Carmen estar orgullosa!

Tomamos el *rancho* por asalto; yo me acosté en una riquísima hamaca de seda de vivos colores, acompañada de los dos pequeños, que al momento se hicieron mis grandes amigos, y hasta que no me fueron á buscar para llevarme á la mesa, no dejé de charlar con los que estaban destinados por la fatalidad para ser hijos de un mártir.

. . . .

Ha transcurrido año y medio, poco más ó menos.

Amaneció el 21 de mayo de 1879, y á la vista de Iquique, puerto peruano, bloqueado á la sazón por los chilenos, aparecieron en son de combate los dos mejores buques de la escuadra peruana, la fragata *Independencia* y el monitor *Huascar*, comandados ambos por Juan Guillermo Moor y por el inmortal Miguel Grau, cuyo nombre basta por sí solo para engrandecer la historia de un pueblo.

Bloqueaban Iquique los barcos chilenos *Esmeralda* y *Covadonga*, el primero de los cuales apresara al segundo el año 1866, cuando la corbetita española hacía el servicio desde Panamá á Valparaíso conduciendo la correspondencia de nuestra escuadra. Era la *Esmeralda* un buque de viejas cuadernas, pero de alma joven, y el alma éralo su comandante, otro bravo marino, Arturo Prat, que pereció en ese encuentro. Comenzó el ataque dirigiéndose el *Huascar* á la *Covadonga* y la *Independencia* á la *Esmeralda;* pero pronto cambiaron de táctica, y el *Huascar* atacó á la *Esmeralda* con su poderoso ariete, mientras la *Independencia* perseguía á la *Covadonga*, que buscaba en la fuga su salvación.

Avanzaba la goleta forzando la máquina y ciñéndose á la costa de modo que los fuegos de su perseguidora no pudieran herirla, y seguíala ciegamente la fragata peruana; entre tanto en la rada de Iquique se dedicaba Grau, con aquella bondad de sentimientos propios del hombre grande, á recoger los náufragos y heridos del buque que acababa de echar á pique con el espolón de su Monitor.

En aquellos momentos en que dos naciones jugaban casi al azar su existencia, cuando se desarrollaba el prólogo de la siniestra hecatombe que tan generosas vidas costó á tres naciones del pacífico, el ángel de la desgracia cernía sus negras alas sobre la frente de Carmen Medino, de la esposa enamorada y amante que, postrada de hinojos, elevaba su matutina plegaria á la Virgen, pidiendo la vida y una página de gloria en el libro de la patria para el amoroso padre de sus hijos.

Moor, sereno, impávido y arrogante, no perdía de vista á la fugitiva corbeta, á la que hubiera querido apresar sin detrimento alguno; pero la pequeña nave salvaba, gracias á su poco calado, los arrecifes de Punta Gruesa, mientras la gallarda fragata sufría el horrible traumatismo que debía sepultarla en lo profundo del grande Océano.

Una roca desconocida fué el enemigo peor que tuvo el Perú en su guerra con Chile: si la *Independencia* no perece aquel día, la guerra hubiera terminado antes: no cabe dudarlo.

Equilibradas casi las fuerzas de mar, se hubieran sucedido los combates parciales, y las hostilidades continuadas habrían acabado por debilitar á los combatientes; las paces se hubieran impuesto por las circunstancias, y la humanidad nada habría perdido con que así sucediese.

Pero estaba escrito.

El estupor aterró en los primeros momentos á los tripulantes de la *Independencia*.

Juan Guillermo, rehaciéndose y elevando su alma grandísima sobre el inmenso infortunio, que más le dolía por ser de la patria que por ser suyo, da las primeras órdenes, con serenidad imperturbable, para aplicar una mecha á la Santa Bárbara.

La *Covadonga*, apercibida del desastre, vira en demanda de la fragata náufraga y le presenta combate. Moor, desafiando las balas enemigas, se pasea de un lado al otro de la nave, sintiéndola hundirse, con gozo y sin intentar siquiera salvarse.

Otro marino, á quien estaba reservado un puesto en el templo de la inmortalidad, Enrique Palacios, quedaba á bordo con Moor. El arrojado Palacios, que tantas pruebas de valor había dado, y que reservaba la última para el día de su gloriosa muerte, fué á nado á buscar un bote y regresó al costado de la fragata para salvar al comandante que, con el alma volando hacia Lima, y el corazón desangrándose como se desangraba la patria, seguía paseando sin dar muestras de terror ni de espanto al ver cómo el agua bañaba ya sus elegantes botas.

El *Huascar* apareció y la *Covadonga* emprendió de nuevo la fuga.

Antes de continuar dedicaré un recuerdo entusiasta al reverendo Agustino, de cuyo nombre no puedo acordarme.

Cumplió su santo ministerio bendiciendo á los moribundos, y una vez terminado cogió un rifle, diciendo: «He cumplido con Dios, ahora soy de la patria.»

Y disparaba como el más experto de los soldados, y como si al ministro de paz y concordia hubiera sucedido rencoroso guerrero.

Moor se declara responsable de aquella catástrofe; reconoce que un momento de entusiasmo, que la sangre de su madre, dominando á la del autor de sus días, fueron causa del desastre que la patria llora; pero corazón grande, alma privilegiada, no abriga la cobarde intención de encargar al cañón de su revólver la dichosa tarea de aplacar sus tormentos.

Tres días después desembarcaba en Arica, en donde estaba el presidente de la República, general Prado. Va á comenzar su calvario, á cargar la cruz pesadísima que la ira y el encono de la patria herida echarán sobre sus hombros y á esperar el instante de probar al mundo que no es merecedor del odio ni de las reconvenciones con que amarga más y más su existencia.

Apenas supe la desgracia de mi pobre amigo, corrí á visitar á Carmen.

Al verme, y cuando yo llorando con ella la estrechaba entre mis brazos, no acudieron á los labios de la esposa otras palabras que aquellas que debía tener sujetas al pensamiento con clavos candentes.

– ¡No estaba la roca en la carta! ¿Lo ha leído V.? – me dijo anhelante.

¿Hay algo más elocuente en el lenguaje del amor infinito?

Se trataba, no ya de la vida; se trataba de la honra de su Guillermo, de su ídolo; el caballeroso, el grande de corazón, el de alma templada al calor de todas las virtudes, veíase injuriado por el patriotismo herido de unos pocos, y culpado por la desesperación y el dolor del Perú entero.

¡Qué grandiosa revancha debía tomar dando á sus detractores, con la vida, el mentís más solemne!

Ni una queja, ni una disculpa, ni una frase por la cual pudiese nadie creer que trataba de sincerarse.

Un año duró el martirio de Moor; un año que debió parecerle un siglo, sin ver á su esposa, sin besar á sus hijos; trabajando sin descanso en las fortificaciones del puerto y del Morro de Arica; ejemplarizando con su valerosa resignación, y preparando con risueñas esperanzas el día de la reivindicación de su honra, mancillada por la desgracia.

Intentó una vez hostilizar al enemigo, acaso porque sentía la necesidad de acabar con sus tormentos, y pidió una lancha-torpedo al general Prado; éste se la negó. ¡Negativa cruel para soportarla con resignación, sin flaquear en el propósito de vivir para inmortalizarse!

El 7 de junio de 1880 atacan los chilenos el puerto de Arica por mar y por tierra. Juan Guillermo Moor era jefe del Morro, de aquel baluarte regado con la sangre preciosa de un puñado de héroes, que contestaban á las intimaciones del enemigo que pelearían «hasta quemar el último cartucho», y así lo cumplieron sin que ninguno faltase al solemne juramento.

Defendía Moor el terreno palmo á palmo y con tenacidad asombrosa.

Dijéronme poco tiempo después los que le habían visto, que estaba magnífico, sublime, con la espada en la diestra, empuñando con la siniestra el revólver y haciendo prodigios de valor y de arrojo.

Había llegado el suspirado momento.

La patria le contemplaba de hinojos, pidiéndole perdón por sus agravios, y Moor, perdonándola, le daba su vida antes que rendir su espada á los hombres, ya que á la fatalidad había rendido su barco.

Un riflero chileno le hiere de muerte, y Moor, antes de caer, se hiergue por unos instantes, levantando al cielo los ojos en actitud arrogante y llenando de asombro á los que le contemplaban.

Cayó, pero cayó majestuosamente; desplomado, correcto, hermoso como cuando la felicidad le sonreía.

¡Pobre Carmen!

Una sola vez la he visto después: bajaba yo de la Sierra en un tren, y ella subía en otro acompañada de sus hijitos.

Iba envuelta en su fúnebre manto, y apenas tuvimos tiempo para reconocernos.

No pude hablarle, pero indudablemente remontaba las alturas buscando oxígeno para sus débiles pulmones.

¡Quién sabe! ¡Quizás esté ya en la mansión de los justos en compañía del esposo adorado!

Los restos de Moor fueron conducidos á Lima y depositados en la Catedral. Sólo cadáver volvió á entrar en la ciudad que había abandonado lleno de patriótico entusiasmo.

¡Qué radiante debe ser el puesto reservado en el empíreo á los que en la tierra fueron buenos, héroes y mártires!

Eva Canel

LOS AMANTES DE LA PLAZA DE LA CEBADA

Como Diego de Marsilla amó á Isabel de Segura, Abelardo á Eloísa y Romeo á Julieta, así Andrés amó á Petra, por más que ni como Diego fué valiente, ni como Abelardo sabio filósofo, ni como Romeo de noble alcurnia. Mas todos somos iguales ante el amor, sin que haya sido precisa ninguna Revolución francesa para proclamar esta igualdad; y Andrés ignorante, villano y prudente supo amar á Petra como fueron amadas Isabel, Eloísa y Julieta; es decir, con una pasión tres veces mayor que la inspirada por cada una de éstas.

Andrés era hijo de un rico carnicero de la plaza de la Cebada, apellidado Montero.

El padre de Petra era carnicero también y apellidábase Carreño.

Montero era gallego.

Carreño asturiano.

Sus puestos estaban en la misma galería del mercado, uno á la derecha y otro á la izquierda.

Con todos estos motivos era natural que Montero y Carreño se odiaran, y odiábanse, en efecto, como hombres, como carniceros y como gallego el uno y asturiano el otro; pues aunque se dice que gallegos y asturianos todos son hermanos, es lo cierto que el cariño fraternal que se tienen parécese mucho al que Caín sintió por Abel.

Si entre los vendedores de la plaza de la Cebada hubiese habido alguno que conociera el drama de Shakespeare, seguramente hallara ciertas analogías entre Capuletos y Montecos y Monteros y Carreños.

Las analogías no fueron vistas, pero existieron, y fueron tantas que la plaza estaba dividida en partidarios y enemigos de Montero y amigos y partidarios de Carreño, y por fin Andrés, el hijo de Montero, adoraba á Petra, la hija de Carreño.

¿Por qué será tan frecuente el caso de que se amen los hijos de enemigos irreconciliables? Averigüelo Vargas, gran averiguador de cosas ocultas; que aquí importa nada saber el por qué se amaron Petra y Andrés, pues con decir que se amaron basta.

Como uno y otro sabían los odios irreconciliables que separaban á sus padres, les ocultaron sus amores con gran cuidado; ¿mas quién si ama ordena á su alma que no se asome á los ojos y diga á voces su amor?

Los ojos de Andrés le delataron; mas no fueron sus padres los que primero conocieron su pasión. Quien lo adivinó fué la madre de Petra.

Era ésta una mujercilla pequeña de cuerpo, de avinagrado rostro, seca, de ojillos pequeños, pero muy vivos, con una mirada que denunciaba su carácter duro. Su boca era de labios finos de pálido color y algo hundidos, y su nariz fina, picuda é inclinada hacia la boca semejando el pico de un pájaro.

Del raquítico, miserable y finísimo cuerpo de la *señá* Isidra parecía imposible que hubiera nacido la arrogante, espléndida y maciza Petrica, como así la llamaban en la plaza de la Cebada.

Era Petra una muchacha morena, pero de un moreno claro y con cierta palidez que dejaba ver en sus sienes, frente y garganta los tonos azulados de sus finísimas venas. Sus labios eran rojos, muy rojos; mas no por eso comparables al coral, que el coral es frío y seco y los labios de Petra eran húmedos y tenían el rojo caliente de la vida, el que da un temperamento apasionado cuando no se ha vivido más que diecisiete primaveras y se ha nacido y crecido recibiendo los rayos del sol de España.

Los ojos de Petra... ¿quién pudiera describirlos? ¡Si aquello no eran ojos! Si eran dos tentaciones. Si poseían todos los atractivos del cielo y hacían nacer todos los deseos del infierno. Si al mirarlos dudábase si eran obras de Dios ó del ángel malo. Si esos ojos me miraran con amor, pensábase al contemplarlos, por no perder su mirada, con gusto sufriera todos los martirios que Diocleciano hizo sufrir á todos los cristianos; mas si me miraran con odio, tal daño causarían que las penas del infierno dantesco parecerían miel sobre hojuelas.

Como antes se ha dicho, el puesto de los padres de Petra hallábase situado frente al de los padres de Andrés, así que éste tuvo siempre ante sus ojos el rostro tentador y divino de Petra. Sin amarla hubiera sido preciso ser de estuco para no mirarla de continuo, y amándola imposible evitar que el amor se denunciara.

La *señá* Isidra conoció, pues, el amor de Andrés á su hija, y en el primer momento sintió una salvaje alegría; pues en su odio á Andrés y á todos los suyos vió en aquel amor un motivo de tortura para su enemigo.

– ¡Conque la quieres, se decía! Bien claro lo veo en tus ojillos de cochino; pues rabia y rabia y rabia, que no ha de ser mi Petra para el hijo de ese gallegote.

Mas pasó algún tiempo y conoció la *señá* Isidra que á las miradas de Andrés respondían las miradas de su hija Petra.

Dióse desde entonces á observar y á vigilar á su hija, y un día la encontró junto á la puerta de la Iglesia de San Andrés en amorosa plática con el odiado hijo del galle-

gote, como ella le llamaba.

Quiso reprimir su cólera, mas no pudo, y en plena calle y delante de las gentes que salían de misa dió á su hija dos terribles bofetadas, y con los verduzcos ojos impregnados en sangre, contraída la boca y verde de coraje, dijo, dirigiéndose á Andrés:

– Estas *gofetaas* se las doy á mi hija porque no te las *pueo* dar á ti; pero haz cuenta que es lo *mesmo* que si te las diera, y además toma esto *pa* ti y *pa* los tuyos.

Y dando una rabotada escupió en la cara á Andrés.

– ¡Dios! gritó Andrés é hizo un ademán como para lanzarse sobre la vieja; pero conteniéndose de pronto, añadió: – ¡Es V. mujer y además madre de Petra, que si no!...

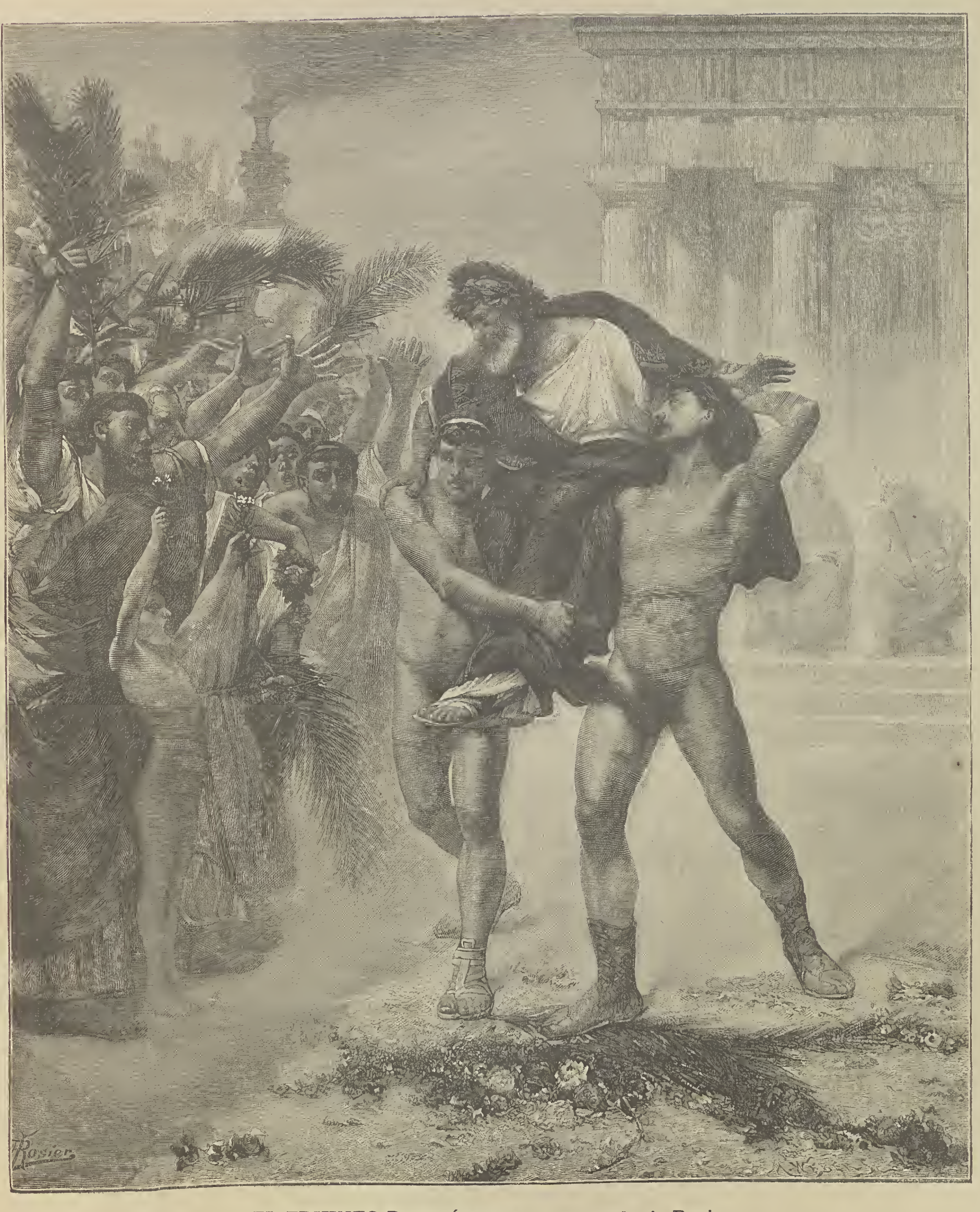
– No mates más, hombre; quita el pistón, que se te va á disparar...

Petra puso fin á aquella escena obligando á su madre á alejarse de Andrés.

Aquel mismo día supo toda la plaza de la Cebada lo que había ocurrido, y no faltó un amigo juicioso que se lo refiriera á Montero, el padre de Andrés.

La paz que hasta entonces había reinado en las casas de Carreño y de Montero huyó, y huyó para siempre; mas no por esto dejaron Petra y Andrés de amarse. Ni nadie pone puertas al campo, ni hay puertas que no abra el amor.

A pesar de las infinitas precauciones que tomaban los padres de una y otro amantes, siempre hallaban éstos acosiones de verse y hablarse.



EL TRIUNFO DE DIÁGORAS, cuadro de A. Rosier

El amor de Andrés no necesitaba estímulos de ninguna clase para crecer, pues lo infinito no admite aumento; pero el amor de Petra, que en un principio no fué sino ligero devaneo, llegó á conventirse en pasión; que siempre la prohibición fué causa de apetito.

Los padres de Andrés eran ricos, poseían en dinero una fortuna que ascendía á unos ocho ó nueve mil duros. Con este dinero pensó Montero que podía dedicarse á un negocio más lucrativo que el de la compra y venta de carne al por menor, y para librarse de la presencia aborrecida de los Carreños, vendió su puesto de la plaza de la Cebada y se dedicó al comercio de ganado vacuno.

Al desaparecer la competencia ganó en importancia el puesto de Carreño, aumentó su parroquia, y lo que hasta entonces no había logrado lo consiguió en tres ó cuatro años. Carreño se redondeó y llegó á verse poseedor de doce ó trece mil duros.

No sopló así la suerte á Montero; desde que vendió su puesto, la fortuna le volvió la espalda; sus nueve mil duros se redujeron á tres mil. Cuando se hallaba en esta situación, hizo sociedad con cierto extremeño, quien le propuso un negocio que en poco tiempo había de resarcirle de las pérdidas sufridas y aun hacerle más rico de lo que antes era. Puso Montero en manos del extremeño los restos de su fortuna, y un día el extremeño se escapó á Buenos Aires, llevándose hasta el último real de su socio. El ahorrativo gallego, el que había amontanado nueve mil duros cuarto á cuarto, dando carnes malas á precios de buenas y sisando cuanto podía en el peso, no pudo resistir aquel golpe y fuése al otro mundo á dar cuenta á Dios de los engaños y sisas que hizo á los compradores que le enriquecieron.

Lloró Andrés la muerte de su padre y se dolió de la pérdida de su fortuna, mas no por el dinero, que en esto no se parecía á su padre, sino porque la pobreza era un motivo más para alejarle de su Petra del alma.

Como nunca el mal viene solo, según reza el refrán, á la pérdida de su fortuna y á la muerte de su padre siguió una larga y costosa enfermedad de su madre.

Andrés conocía bien el oficio de cortador y entró de mozo en una carnicería. Pudo así mantener á su madre, pero llegó un día en que los médicos dijeron que era preciso que ésta tomara los baños de mar.

Todos los recursos se habían agotado en su casa; las ropas y las alhajas de los tiempos de opulencia estaban en el Monte de Piedad; todo lo había consumido la enfermedad de su madre.

Cierta tarde en que logró avistarse con Petra conoció ésta que alguna grave pena afligía á su novio. Le preguntó con gran cariño lo que ocurría y supo que la madre de Andrés no podía ir á los baños que la ordenaban por no tener cuarenta ó cincuenta duros.

Algunos días después volvieron á verse los novios, y cuando iban á separarse dijo Petra:

– Andrés, ¿me reñirás si te digo una cosa?

– Por una sola cosa te reñiría; que me dijeras que no me quieres.

– Por eso no has de reñirme nunca.

– Pues entonces, di lo que quieras.

– Andrés... Yo... Yo quisiera que tu madre fuera á los baños. Pobre viejecita: la quiero como si fuera mi madre; ¡qué digo como si fuera!, como á mi madre que es, como que lo es tuya.

– Dime pronto lo que hayas de decirme, y déjate de esas cosas, que me haces llorar, y en un mozo como un castillo y en esta cara de bruto no sientan bien lagrimitas.

– Pues mira, yo quiero que tu madre vaya á los baños, y como quiero, irá; toma.

Al decir esto alargó á Andrés dinero envuelto en papel de estraza:

– ¿Qué es esto Petra?, contestó Andrés sin tomar el dinero que su novia le daba.

– ¿A qué tanto *riquilorio*? Clarito: estos son cincuenta duros que he *sisao* del cajón y del *apartijo* de mi padre. Tú los tomas, y punto concluído. Y sin dar lugar á que Andrés replicara le metió el dinero en el bolsillo de la chaqueta y dijo, echando á correr:

– ¡Adiós! Ya *tavisaré* cuando podamos *golver* á vernos.

Andrés se quedó contemplando á Petra, que se alejaba; sintió humedad en sus mejillas, alzó los ojos al cielo para ver si llovía, y al ver que en él no había ni una nube, murmuró entre dientes:

– No es el cielo el que llueve, son mis ojos los que han *llovío*. ¡Ay, cuánto te quiero, Petra mía! Yo te pagaré esta deuda.

Después con el revés de su mano, dura y callosa, secó sus lágrimas y tomó el camino de su casa.

La generosidad de Petra fué inútil. La madre de Andrés murió á los pocos días de llegar á los baños.

Aun no habían terminado las desdichas de Andrés. Llegó entonces la quinta de los veintitrés á los treinta y cinco años, y Andrés fué soldado, y peleó primero contra los realistas en el Norte y después tuvo que ir á Cuba á pelear contra los filibusteros.

Dos meses le faltaban para cumplir su compromiso con la patria, y hasta seis ú ocho meses antes había tenido noticias de su Petra.

Un día recibió una carta de un primo suyo diciéndole que Petra se había casado.

En el batallón conocían todos los soldados y todos los jefes el vivísimo deseo de Andrés de dejar el servicio y regresar á España, y vieron con asombro que al darle la licencia se reenganchaba por cuatro años.

Diéronle el premio de reenganche, que dejó depositado en la caja del regimiento. Concluyó la guerra de Cuba y en un hermoso día del mes de Junio entró en Madrid Andrés.

Eran las seis de la mañana cuando se apeó del tren, y desde la Estación del Mediodía se encaminó á la plaza de la Cebada. Llegó á la galería en que estaban el puesto de Petra y el que había sido de su padre. Desde el extremo de la galería vió á Petra, hermosa, más hermosa aún que la había dejado al partir. La vió dando el pecho á un niño. Sólo Dios sabe lo que sentiría el alma de Andrés; en su rostro no se pintó ni amor ni odio. Adelantó hasta colocarse frente á Petra, que al verle dió un grito y ocultó á su hijo entre sus brazos.

Andrés sin que un músculo de su cara se moviera sacó de sus bolsillos unos puñados de duros los arrojó sobre la mesa de Petra y dijo:

– Perdóname si he tardado en pagarte esta deuda: este dinero es el premio de mi reenganche: de esto estamos ya en paz; veremos si arreglamos otras cuentas. Después volvió la espalda, y sin decir una palabra más se fué.

El marido de Petra era celoso en extremo y sabía los amores que con Andrés había tenido su mujer. Petra nada le dijo de la llegada de su antiguo novio; pero él lo supo, pues la venida de Andrés fué un verdadero acontecimiento.

– Ella lo sabe y lo calla, pensó el celoso. ¿Si le querrá todavía?

Transcurrieron varios días, Andrés iba todos los días á la plaza de la Cebada, pasaba por delante del puesto de Petra, le dirigía una mirada de expresión inexplicable y sin saludarla ni dirigirla la palabra se alejaba hasta el siguiente día.

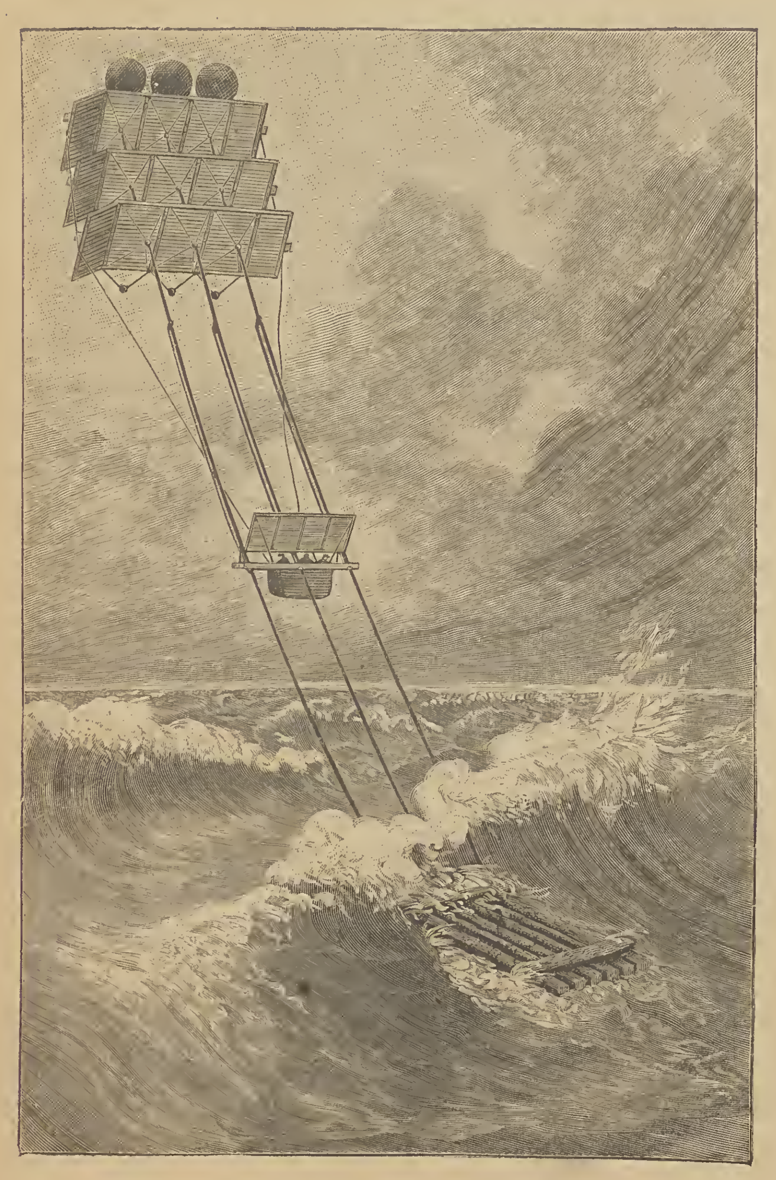
Estos paseos por delante de su puesto excitaron hasta tal punto los celos del marido de Petra, que llegó éste á creer que los antiguos novios habían llegado á ponerse de acuerdo.

Una tarde fué Andrés á casa de Petra; ésta hallábase sola sentada junto á la cuna de su hijo. Al ver á Andrés dijo incorporándose:

– ¿Qué vienes á hacer aquí? ¿No te basta con hacerme desgraciada?

– ¡Desgraciada! ¡Desgraciada tú! ¡Calla, calla! ¡Ya no eres la Petra que yo quería; pero aun así te quiero; ya no serás de nadie, de nadie! Ven, ven conmigo. Y al decir esto la agarró con fuerza por las muñecas y la trajo hacia sí.

– ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Por Dios, déjame!



NUEVO SISTEMA DE NAVEGACIÓN AÉREA

Los gritos de Petra despertaron al niño que en la cuna dormía y asustado empezó á llorar.

Una lucha terrible se entabló entre Petra y Andrés, Petra por fin logró evadirse, y corriendo hacia la cuna de su hijo lo estrechó entre sus brazos.

Andrés, ciego de cólera y de venganza, sacó un puñal y se abalanzó hacia Petra, volvió á cogerla del brazo, la arrancó el niño, que dejó caer sobre la cuna, é iba á clavar el puñal en el pecho de Petra; pero detuvo el movimiento al oir que ésta decía, despreciando el puñal que la amenazaba y volviéndose de espaldas para abrazar á su hijo que había caído desmayado:

– ¡Bárbaro, bárbaro, has matado á mi hijo! ¡Y yo que creí que aun te quería! ¡Te aborrezco, te odio!

– ¿Me amabas, me querías aún, y me odias y yo tengo la culpa? Quiero vengarme.

Al concluir esta frase se clavó el puñal en el corazón. Vaciló unos momentos y cayó sobre un sofá que había detrás de él.

Al verle Petra le abrazó, gritando: – ¡Andrés, Andrés mío!

Pasaran unos segundos y volvió á oirse la voz de Petra que gritaba: – ¡Jesús!

Doblóse su cuerpo y cayó al pie del sofá envuelta en sangre. Sangre de Andrés en su rostro y manos, sangre suya en todo su cuerpo, sangre que manaba de una horrorosa herida que tenía en la espalda.

Un niño y un hombre presenciaban aquella escena, el hijo y el marido de Petra. Este había penetrado en la habitación en el momento en que su mujer abrazaba el cadáver de Andrés; no pudo imaginar lo que había pasado, sintió la pasión de los celos y clavó una enorme cuchilla en el pecho de su mujer.

¿No le parece al lector digna de ser referida la historia de los amantes de la plaza de la Cebada?

LAUREANO ORDOÑANA

NUEVO SISTEMA DE NAVEGACIÓN AÉREA

Aunque en todos tiempos el hombre ha tratado de aprovechar la fuerza del viento para mover y dirigir los aerostáticos, nunca como ahora se ha desarrollado la inventiva para encontrar la solución de este problema. El grabado que reproducimos representa una de las más recientes tentativas que en este terreno se han hecho: la del americano Dr. David Thayer, de Boston (Massachusetts). El pensamiento que sirve de base al invento consiste en impulsar cualquier vehículo terrestre ó marítimo por medio de un aparato á propósito para funcionar y moverse en el aire. La acción deseada del aparato resulta de la combinación del impulso oblicuo del viento sobre superficies dispuestas según el principio de los cometas de papel y de la resistencia que opone la carga que ha de arrastrarse y que está unida al aparato aéreo por medio de tres cables conductores. Para el experimento se preferirá un coche ó trineo completamente ocupados, ó una gran lancha ó una armadía, según que se trate del transporte terrestre ó del marítimo. Las superficies que han de recibir el impulso del viento pueden ser en número indeterminado, y para que se mantengan en el aire en tiempo de calma van provistas de pequeños globos aerostáticos. A ambos lados están colocadas una especie de alas, con cuerdas fijas en los bordes, para dirigir el aparato dándoles mayor ó menor inclinación. La cesta en donde van los pasajeros está suspendida de los cables conductores entre el aparato aéreo y el bote ó armadía, puede subir ó bajar á voluntad y tiene en su proa una vela que permite colocarla á la altura que se desee. Este aparato ascensor lleva una especie de acial para fijar la cesta en los cables á la elevación que se crea conveniente.

***

NUEVO APARATO PARA IMITAR LA ASCENCIÓN Á UNA MONTAÑA

La actividad muscular es de la mayor importancia para la conservación de la salud; por esta razón, las personas que por sus ocupaciones llevan una vida sedentaria, sienten con sobrada frecuencia perturbado su organismo y se ven precisadas á destruir el mal ó á aminorar sus efectos por medio de un ejercicio proporcionado. Entre los movimientos corporales cuya aplicación metódica más se recomienda como medios higiénicos, figura en primera línea la ascención á las montañas, porque en ella trabajan también los músculos de la parte superior del cuerpo y los pulmones, cosa que no se consigue con el simple paseo. En vista de los excelentes resultados obtenidos por este medio en las enfermedades de los pulmones, del corazón y de la circulación de la sangre, los médicos han reconocido la necesidad de proporcionar á todos aquellos que no pueden pasar algunos meses en la montaña, una gimnasia de salón que imite lo mejor posible los movimientos deseados. A este objeto se han inventado una porción de aparatos, siendo uno de los más modernos el de Federico Muger, de Lubeck, que reproduce nuestro grabado, y que por su ligereza y sencilla operación es de gran conveniencia para el uso doméstico: ocupa poco sitio y es de fácil manejo, de modo que sin dificultad puede trasladarse de una habitación á otra ó al aire libre. Consiste en dos pedales unidos por medio de dos cuerdas, de tal manera, que todo lo que uno sube baja el otro: dos muelles en espiral pueden ser regulados de modo que el esfuerzo resulte mayor ó menor, según la prescripción facultativa. Los pedales ponen también en movimiento los brazos por medio de los dos palos que se ven á los lados del aparato, y al propio tiempo una respiración profunda desembaraza los pulmones y ensancha la cavidad torácica. Como el aparato permite una graduación del peso, pueden usarlo así los niños como los adultos y los ancianos: combinando con él el respirador de Wolf, se hace posible respirar el aire del exterior dentro de la habitación en donde funciona el aparato.

(De la *Illustrirte Zeitung*)

LOS PROBLEMAS DEL PORVENIR

Con ocasión de conmemorar el primer aniversario de su fundación el *Thomson Scientific Club* de Lynn (Massachusetts), el profesor Elihu Thomson, excusándose por haber tomado como tema de su discurso un asunto que ofrece ciertos puntos de semejanza con las profecías, ha desarrollado recientemente algunas consideraciones sobre el porvenir de las aplicaciones de la ciencia, que creemos pueden interesar á nuestros lectores.

Los progresos futuros, ha dicho el célebre sabio americano, son esencialmente una cuestión de opinión personal, y todas las previsiones están expuestas á ser desmentidas por los hechos. Difícil es prever qué vía tomará la ciencia para realizar esos progresos; pero es muy probable que los más importantes descubrimientos se realizarán en la esfera de la electricidad, pues aun cuando un gran número de problemas eléctricos han tenido ya su solución, quedan, sin embargo, muchos todavía por resolver.

Sin la menor dificultad se construyen actualmente máquinas eléctricas de 300 y de 500 caballos, que hubieran parecido gigantescas cuando se consideraban como las más potentes las de 50 y 60; esto no obstante, está próximo el día en que será preciso construir generadores eléctricos de muchos millares de caballos para transmitir la fuerza motriz en grande escala y alimentar importantes alumbrados eléctricos con una sola estación central. El sistema ideal de distribución es el que permite proporcionar la ley, el trabajo y el calórico, por medio de una sola canalización.

Es más fácil decir en qué dirección deben modificarse la construcción y las disposiciones generales de los generadores eléctricos de gran potencia, que prever los descubrimientos que han de cambiar el actual procedimiento de producción. Es de esperar que algún día podrá obtenerse directamente la energía eléctrica por la combustión del carbón; pero los hechos realizados no son bastantes para poder precisar por qué medios se llegará á este resultado. La pila termoeléctrica es aún un aparato de transformación de tan escaso rendimiento que la industria tiene que apelar á un motor de vapor y á un dinamo, á pesar de lo complicado que resulta este procedimiento de transformación, siendo necesarios todavía grandes estudios para que la energía de combustión del carbón se convierta en energía eléctrica.

En el porvenir todos los ferrocarriles serán de tracción eléctrica, no sólo los tranvías de las grandes ciudades y las líneas secundarias, sino también las líneas más importantes, y es casi seguro que se obtendrán velocidades mucho mayores que con el actual sistema de vapor: las actuales locomotoras constan de un gran número de piezas de movimientos alternativos que han de moverse, pararse y volverse á mover en sentido inverso muy rápidamente, mientras que la locomotora eléctrica sólo exige un movimiento de rotación compatible con un gran aumento de velocidad. Con las máquinas estacionarias y las locomotoras eléctricas podrá lograrse la velocidad de 160 kilómetros por hora, y si se tomaban precauciones especiales para mantener con seguridad el tren sobre la vía, sería posible viajar con una velocidad de 240 kilómetros por hora. Esta cifra representa, en sentir de Mister Thomson, la velocidad de los trenes dentro de un siglo, pues los problemas que se han de resolver para obtenerla no ofrecen dificultades insuperables.

Otro campo no menos fértil es el de las aplicaciones electroquímicas. Conocidos son los servicios que presta la electricidad en la extracción y purificación de los metales. Cada operación química no es más que un cambio de afinidad ó de encadenamiento entre las partículas que constituyen un cuerpo; y como la electricidad ejerce su acción sobre estas afinidades, es evidente que todas las operaciones químicas pueden ser dirigidas por una corriente eléctrica. Muchas investigaciones pueden hacerse sobre este particular, pero es difícil dar con una persona que sea á la vez un químico notable y un consumado electricista. Es más, dice el sabio americano: como todas las operaciones, incluso el crecimiento de los vegetales, se basan en reacciones químicas, muchas de las cuales pueden ser reproducidas en el laboratorio, los mismos alimentos de que nos servimos podrán ser producidos por la electricidad.

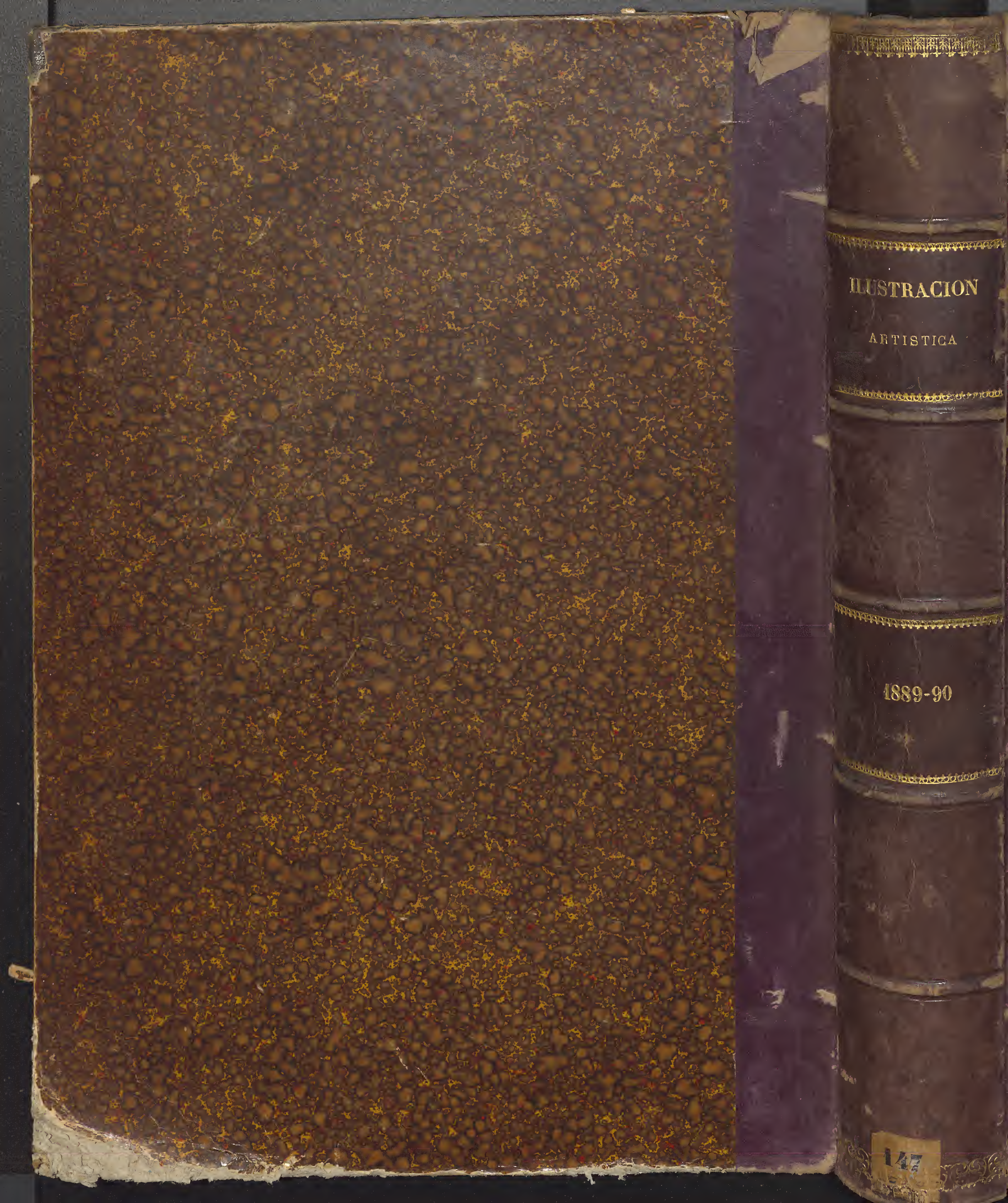
Otras ideas podrán dasarrollarse en el porvenir; por ejemplo, la producción de la luz sin calórico, uno de los problemas cuyo estudio se impone á los físicos y á los ingenieros. Las actuales lámparas incandescentes producen gran cantidad de luz, pero también gran cantidad de calórico: si llegásemos á eliminar esa producción inútil



Nuevo aparato para imitar la ascensión á una montaña

de radiaciones no luminosas y á producir exclusivamente las luminosas, obtendríamos luz á un precio muy módico.

Todos estos problemas serán en su día resueltos: al plantearlos, se ve que todavía queda mucho trabajo para el porvenir.


ILUSTRACION
ARTISTICA
1889-90
147